

La Iglesia como la comunidad del amor

A veces se escuchan expresiones como: *Con Dios y con Jesucristo, sí; pero con la Iglesia, no*. Esta expresión es comprensible por los pecados de los cristianos. Pero el cristianismo no se vive así.

El número 226 del documento de Aparecida sintetiza así las acciones que se han de emprender para llegar realmente a la realización del proceso cristiano de vida:

“Hemos de reforzar en nuestra Iglesia cuatro ejes:



Por
Pbro. Carlos Ángel Arboleda Mora
Coordinador Centro de Estudios
Facultad de Teología, Filosofía y
Humanidades (FTFH)

1. La experiencia religiosa. En nuestra Iglesia debemos ofrecer a todos nuestros fieles un “encuentro personal con Jesucristo”, una experiencia religiosa profunda e intensa, un anuncio kerygmático y el testimonio personal de los evangelizadores, que lleve a una conversión personal y a un cambio de vida integral.

2. La Vivencia Comunitaria. Nuestros fieles buscan comunidades cristianas, en donde sean acogidos fraternalmente y se sientan valorados, visibles y eclesialmente incluidos. Es necesario que nuestros fieles se sientan realmente miembros de una comunidad eclesial y responsables de su desarrollo. Eso

permitirá un mayor compromiso y entrega en y por la Iglesia.

3. La formación bíblico-doctrinal. Junto con una fuerte experiencia religiosa y una destacada convivencia comunitaria, nuestros fieles necesitan profundizar el conocimiento de la Palabra de Dios y los contenidos de la fe ya que es la única manera de madurar su experiencia religiosa. En este camino acentuadamente vivencial y comunitario, la formación doctrinal no se experimenta como un conocimiento teórico y frío, sino como una herramienta fundamental y necesaria en el crecimiento espiritual, personal y comunitario.

4. El compromiso misionero de toda la comunidad. Ella sale al encuentro de los alejados, se interesa de su situación, a reencontrarlos con la Iglesia y a invitarlos a volver a ella.”

Encontramos allí que el cristianismo es una experiencia de Dios en Jesucristo, vivida en comunidad, crecida en esa comunidad y testimoniada por la misma comunidad. Estos cuatro ejes indican, en forma por demás muy específica, todo el proceso: una experiencia de fe, una vivencia comunitaria de la experiencia, una profundización de la Palabra y como consecuencia de la experiencia, la misión. “Vamos porque hemos sido llamados”. Se ve claramente que se pasa de una formación meramente intelectual, conceptual y tradicional, a una formación de tipo experiencial y testimonial. Hay





que sacar las consecuencias de esto. Se cambia el proceso de formación y se va a otro proceso que es el indicado en la Sagrada Escritura: "Estoy aquí porque me has llamado". Se puede colegir que la experiencia es una experiencia mística que se expresa razonablemente y que lleva a un testimonio ético. La ética cristiana no es así una simple obediencia a un mandato o el cumplimiento de una ley externa, sino una exigencia de respuesta a un llamado, o aún más, la ética es la expresión de lo que se es, un amado amante. Se supera la excesiva autonomía del sujeto y se pasa a una heteronomía amorosa: respondo porque he sido llamado con un amor absoluto y mi respuesta es respuesta amorosa, no obligada o simplemente temerosa.

Dios es el mejor amante porque él mismo es amor (ágape). En la primera Carta de San Juan se dice específicamente "Dios es ágape" (I Jn 4,8) y por eso puede ser pensado en términos de don y de donación. El amor ágape tiene dos características especiales: se da sin condiciones previas y no pretende poseer al donatario como un objeto sino llenarlo de donación. El amor excluye todo ídolo pues en la donación el sujeto no aprisiona al otro sino que se abandona totalmente a él. Dios no es un concepto sino una acción de donación, de entrega, y si se lo quiere comprender se puede hacerlo sólo en la experiencia de la donación amorosa.

El discípulo es quien ha tenido la experiencia de Dios en Jesucristo y la respuesta a esa experiencia que es una llamada, es el testimonio (el discípulo va al mundo y expresa su experiencia). Este testimonio no es el de un individuo sino el de toda una comunidad que vive en el amor y da amor a toda la humanidad. El discípulo no es un técnico o un

ingeniero social, no es un profeta de desgracias ni un contestador profesional, no es un trabajador psicológico o social, sino que va más allá: es el testigo de la vida, es la antorcha de la luz, es el amante de los hombres. No es la vida, la luz y el amor sino el testigo que va a llevar la vida, la luz y el amor. Y no es una imposición ni un mandato en sí, sino una iluminación y una propuesta. Pero siempre dentro de la comunidad de la iglesia.

La comunidad es elemento fundamental: los primeros discípulos fueron reunidos para estar con Cristo; la primera comunidad vivía en el ágape la experiencia del resucitado; la iglesia a través de los siglos da testimonio de esa experiencia fundante a través de la vivencia de la caridad. La fe no es un grito individual sino una vida fraternal que se nutre de la experiencia, se cultiva en el grupo, se hace creíble en el testimonio de la comunidad.

En el mundo actual que suele provocar soledad, aislamiento, exclusión, marginación, la comunidad eclesial tiene una tarea ineludible y es volver a vivir comunidades que den sentido, humanidad, felicidad y salvación a todos los hombres.

